

REFORMA SIGLO XXI

El Tío Laureano y la sabiduría popular norestense

■ ■ Antonio Guerrero Aguilar*

I

Le consideran el símbolo de Nava, Coahuila, aunque era de Cerralvo. Por cierto, Nava corresponde a la región de los “Cinco mamantiales”, cercana a la frontera con Piedras Negras y Eagle Pass, en cambio Cerralvo, la considerada “Cuna de Nuevo León”. Un héroe en mangas de camisa, un filósofo sin saberlo como alguna vez don Alfonso Reyes se refirió a los regiomontanos. Por habladas y menciones, un tipo siempre recurrente, exagerado, vivaz con alarde de buen humor. Eso sí, trabajador y muy echador. Era propietario de una tienda enfrente de la plaza principal de Nava. Dicen que una vez andaba de visita en la Ciudad de México y comenzó a llover. Entonces pidió a la operadora, que lo comunicaran a la presidencia municipal, “nomás pa’ avisar que guardaran las cobijas para que no se mojaran”.

Como se advierte, don Laureano de León Villarreal, se pone al brinco, lo mismo con el “Filósofo de Güemes”, la “Tía Melchora” y “Pepito”. Dicen que don Venustiano lo mandaba llamar, para que le contara cuentos, mentiras y chistes. Se sentaba frente a una hoguera, agarraba su cigarro de hoja, una jarra de “café interminable” y pedía solemnemente que nadie lo interrumpiera. Entonces comenzaban las carcajadas y burlas que lo inspiraban más, a contar sus ocurrencias y vivencias por varias horas.

II

Dicen que nació el 4 de julio de 1847. Muy joven se fue a trabajar a las plantaciones de algodón a Texas. En el campamento, un capataz les hacía la vida de cuadrillos. Como no lo soportaban, entre todos hicieron

una rifa para reunir el dinero y regresarlo a México. Ganó Laureano, quien llegó todo flaco y mugroso a Nava. En una esquina estaba un solar abandonado y lo rentó. Consiguió una carreta y se fue a Piedras Negras y Allende, a comprar las mercancías necesarias para su iniciar su negocio.

Se dedicó a la agricultura, la ganadería y hasta abrió un molino. Llegó al altar, tuvo familia y se hizo del pueblo, por lo que todos le llamaban el “Tío Laureano”. Estuvo casado dos veces, tras enviudar contrajo nupcias con Magdalena Berrueto Parga. Al inicio de la Revolución y ni tardo ni perezoso anduvo en la bola. Es cuando se ganó la fama de dar alegrías y recitar chascarrillos antes de irse a dormir. Le fue bien en lo próspero como en lo adverso. Mantuvo relaciones comerciales con Galveston, Eagle Pass y Del Río, lo mismo que con Monclova y Saltillo. Falleció en Nava el 21 de agosto de 1924, pero logró la inmortalidad con una radionovela y tres películas con Pedro Infante: “Cuando lloran los valientes”, “La oveja negra” y “No desearás la mujer de tu hijo”.

III

Dicen que la filosofía, ante todo, es una actitud y estilo de vida. Para nosotros, los sabios son las personas que han vivido de todo para contarlo, sacando provecho y una enseñanza a todo lo que han recorrido, gozado y sufrido. Siempre con una palabra de aliento, una frase para alegrar el alma, buenos para discutir, famosos por sus anécdotas, son expertos de la obviedad y sus ocurrencias enseñan y divierten. En el caso del “Tío Laureano”, don Rosendo Ocañas lo inmortalizó con una radionovela llamada precisamente igual. Después don Pepe Peña lo incluye en el reparto de Agapito “el Caballo Blanco” y hasta salió en la película “Cuando lloran los valientes” (1944), interpretado por don Agustín Usunza, un “pelao que vale cacha de venao”, que lo mismo se paseaba con los malos para notificar a los buenos.

* Historiador y cronista. Estudioso y preocupado por el patrimonio tangible como intangible del Noreste Mexicano. Fue miembro de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, y de la Asociación Estatal de Cronistas Municipales de Nuevo León, y cronista de Santa Catarina.

Pero sin duda, la fama llegó cuando don Andrés Soler le daba consejos a Pedro Infante, en las dos películas: “La oveja negra” (1949) y “No desearás la mujer de tu hijo” (1950), en donde mantiene a raya al mentado Cruz Martínez Treviño de la Garza, personificado por el gran Fernando Soler. Lo cierto es que nadie como el famoso “Tío Laureano”, que seguramente quiso encarnar el Piporro en las sagas de Martín Corona y “Cuidado con el amor”.

IV

Lo describen como de mediana estatura, güero y de ojos azules. La gente de Nava y de los Cinco manantiales, supieron de sus hazañas y andanzas. Una ocasión fue a una boda a San Antonio. Cuando regresó al pueblo le preguntaron cómo estuvo: “Nombre, fueron como 20 mil invitados”. Pero no le creyeron, entonces le cuestionaron sobre el tamaño del salón y respondió: “Hasta donde allá, a la falda de la sierra”. La concurrencia, nomás de guasa y burla, le hicieron saber de sus exageraciones. Uno le dijo: “¡Híjole!, ¿pos de qué tamaño era el pastel?”. Laureano puso la vista hacia el kiosco de la plaza, para dar un ejemplo de comparación. La esposa del Tío advirtió el gesto y cautelosa sugirió a su marido: “Mídete, Laureano, que no vas a tener belduque (cuchillo) pa’ partirlo”.

Hace tiempo, Nava se distinguió por dedicarse a la cría de ganado porcino. Tantos que se salían de sus corrales y de los patios, por lo que se les veía recorrer libremente por las calles del pueblo. Regularmente deambulaban por los andadores de la plaza principal, frente a la tienda del “Tío Laureano”, llamada 5 de mayo. Nuestro personaje acudió con el alcalde y le mostró su sentir. Ante la queja, mandó colocar unos avisos con el bando siguiente: “Por orden de la autoridad municipal, el que tenga

marranos que los amarre y el que no, que no”. Al leerla, el Tío añadió: “Porque luego hay quienes andan amarrando a los ajenos”.

V

Una vez tuvo que ir a Monterrey. Como llevaba dinero en efectivo, le pidió al alcalde un oficio en donde venía lo siguiente: “Yo Presidente Municipal de Nava, autorizo a mi compadre Laureano de León, portador de la presente, para que traiga pistola cuando quiera y donde quiera, fulano de tal, Presidente Municipal de Nava (Rúbrica y sello)”.

Ya de visita en la ciudad, unos policías lo vieron y lo amonestaron porque se notaba la funda sobre el cinto. Laureano les mostró el oficio que llevaba de Nava, pero los guardias le explicaron que no tenía validez y que los acompañara a la comandancia, pues no podía andar armado. Entonces abriéndose el saco, les mostró tan sólo la funda vacía: “¡Si nomás andaba probando el oficio de mi compadre!”.

Tenía su molino y su rancho yendo a Piedras Negras, por donde pasa la vía del tren. Como a cada rato le atropellaba una de sus vacas, le dijo a un conocido: “¡Qué bueno que el tren venía de frente, porque si se viene de lado nos hace matazón de vacas!”. Una ocasión, de visita en la Ciudad de México vio un letrero: “Madero, Vino de Parras”, entonces para no quedarse atrás, consiguió un gis y comenzó a rayar: “Laureano, Vino de Nava”. Como había muchos baches en las calles, un día se puso a rellenarlos, pero haciendo otros. Luego le preguntaron por qué: “ah, para abrir unos hoyos, y tapar otros”. Me hubiera gustado conocerlo, seguramente ese tipo de personajes, dan material para cuentos, novelas, leyendas y todo lo que se pueda o quiera ocurrir.